



Comisión Cuidado y Protección de Niñas,
Niños, Adolescentes y Personas Vulnerables

La Espiritualidad del Cuidado



Jesús García,
OFM Cap.

No36

“Ese mismo día, el primero después del sábado, los discípulos estaban reunidos por la tarde con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Llegó Jesús, se puso de pie en medio de ellos y les dijo: ¡La paz esté con ustedes!” (Jn 20,19)

El “miedo, el dolor y el resentimiento” son sentimientos que habitan la vida de muchas personas por el riesgo a sucesos desagradables, los efectos del mal y la acumulación de agresiones físicas, emocionales, sexuales, sociales, etc. Son experiencias demasiado frecuentes en las víctimas de acciones u omisiones de las personas que tienen la vocación cuidadora y la obligación de hacerlo.

Es evidente que la “alegría, la paz y la confianza”, son tres sentimientos valiosos y frágiles, porque es frecuente ponerlos en peligro hasta perderlos... y ¡qué difícil es recuperar la confianza cuando ha habido traición!, ¡qué terrible es mantenerse en la paz cuando se ha sufrido tanta violencia!, ¡qué complicado es volver a sonreír y tener alegría cuando la indignación y la indignidad nos invaden!.

Es necesario recorrer el nuevo camino del “sentido” de la vida, del dolor y de la esperanza, para construir algo nuevo desde el patrimonio doloroso del “abandono, la agresión y el abuso”, que es la triple “a” de las víctimas del mal. Necesitamos algo más que buena voluntad o sublimación religiosa o esfuerzos por olvidar lo que ha herido nuestras vidas. Hemos de recuperar la paz.

Si la “paz” es vida, luz, amor, alegría y fraternidad, estamos invitadas/os -o quizá urgidas/os- a reconstruirla pieza por pieza, como quien restaura una cerámica valiosa o quien abraza sin temor a la reconciliación. Reparar la violencia, restaurando la paz en las personas, familias, sociedades e Iglesia debería ser “prioridad uno” para conseguir la “tolerancia cero” respecto a los diversos abusos enjuiciados, justificados u olvidados.

Para ello, hay que abrir las puertas de nuestros corazones y de las instituciones, donde se ha enquistado el miedo a hablar, escuchar, acompañar y responder a las víctimas. Y -también- hay que ventilar nuestros espacios con el sano aire de la espiritualidad del cuidado, es decir, con el estilo de vida que produce vida y que no la oculta, amenaza, debilita o ignora.



Para que la paz esté en nuestra vida, deberíamos dedicar nuestra vida a sustituir el miedo por el “diálogo”, el dolor por el “amor” y el resentimiento por el “abrazo”. Es lo que hace Jesús con la comunidad encerrada (por miedo), con la mujer violentada (con dolor) y con los descartados (con resentimiento).

Que la “paz resucitada y resucitadora” esté en las personas que sufren y en quienes les acompañan por los senderos de la recuperación integral de su alegría.